

La galería de sombras

Escribe: ABELARDO FORERO BENAVIDES

Nada tan misterioso como la mañana y el crepúsculo de la gloria literaria. ¿Cuáles son las razones que motivan la primera? ¿Cuáles son las causas que suscitan el segundo...? Un hombre surge, se apodera de los espíritus, fulgura, encandila, seduce. Toda una generación le consagra su idolatría. En todas las tertulias son citadas sus obras. Sus versos son declamados por las gentes que presumen. En las bibliotecas se halla la orgullosa fila de sus libros. En el marco se contiene su retrato. Ninguno de sus adoradores piensa que esa gloria va a pasar y a marchitarse. Está seguro de su inmortalidad y de su resonancia, de su eco, cuando las almas sean otras almas y la posteridad esté integrada por gentes que en ese minuto no son.

Cada generación ha tenido su mitología, su Zeus, su Apolo, su Minerva, su Safo, su Calíope. Y está convencida de que esa teoría inmortal se encargará de destronar para siempre al Olimpo destruido.

Pero pasa el tiempo y la mayor parte de los nombres, que preocuparon y embrujaron al centenar de espíritus finos que integran una generación, van retirándose lentamente en la sombra, deshaciéndose dulcemente en las bibliotecas, hasta que llega el momento que de la gloria luminosa, no queda sino el polvo suspendido en el efímero rayo de luz. ¿Qué se hicieron...? ¿Por qué murieron...? ¿En la realidad tuvieron alguna vez vida...?

Marcel Proust intuía estos destrozos del tiempo, y en lugar de edificar su obra sobre una visión futurista, se consagró a analizar y a reconstruir el tiempo. Bautizó su novela *A la búsqueda del tiempo perdido*. Todo tiempo es perdido. El tema de la novela es el tiempo que huye. Nadie puede bañarse dos veces en las aguas del mismo río.

El mundo de nuestras admiraciones y de nuestros sentimientos es un deslizamiento ininterrumpido. Nuestro "yo" se modifica en cada instante. Y las imágenes de los otros seres se modifican también. Todo sentimiento, todo fulgor, toda emoción envejece, por el mismo hecho de su duración efímera. Nuestra vida consciente e inconsciente está en evolución perpetua. Nuestro yo, no es una estatua, sino una llama, una corriente.

El hombre no está hecho de mármol, sino de sangre fluída, en alteración y ritmo constante. Las cosas no cambian solamente en ellas, sino en relación a nosotros. Las personas sufren una metamorfosis análoga a la de las cosas. "Los bellos rostros de mujeres desconocidas, entrevistadas un instante y que despiertan el deseo, si tenemos el tiempo de aproximarnos a ellas, aparecerán menos hermosos". Nacimiento, costumbres, amigos, parientes, relaciones, salones y mundo, pasiones, este es el tema del permanente deslizamiento y transformación universal.

El universo y el hombre están sometidos a la categoría del tiempo, "bajo la doble forma de las horas que pasan y de nuestra duración interior que huye. Proust nos recuerda que debemos contentarnos con alegrías relativas, ilusiones efímeras, que no podemos lograr ni siquiera un instante de plena felicidad, es decir, lo absoluto y la inmovilidad, salvo en la muerte".

El escritor está ahí, con sus recuerdos, misteriosamente anclados en la bahía del alma, o sumergidos en el fondo, como los corales. El tiempo transcurre, los recuerdos se animan. La música los evoca, se diría una inagotable sonata. El tiempo se desliza, fluye, termina todo por ser devorado por el tiempo. La sociedad aparentemente estática se halla en evolución permanente. Los colores se cambian. El alegre matinal se transmuta en gris. Las pasiones se desintegran. Los zócalos de las estatuas, se derrumban. Los grandes nombres se borran. Los rostros se ajan, la vida se escapa a gotas.

Todos los seres humanos, los egregios y los insignificantes, están hundidos en el río del tiempo y arrebatados por la corriente de los días. Toda su vida es una lucha contra el tiempo. Quisieran unirse a un amor, o a una amistad, o a la belleza de un libro, o a las preocupaciones y preguntas de una filosofía. Pero todo ello no puede sobreaguar sino vinculado a seres, a prestigios, a resplandores, que a su turno se desintegran y se hunden, sea que mueran, sea que se deslicen fuera de nuestra vida, sea que nosotros cambiemos.

El olvido asciende lentamente alrededor de los más bellos y de los más caros recuerdos. Llegará la hora en que al encontrar a una dama que nos sonríe, buscaremos en vano en sus rasgos un nombre que no encontraremos. Llegará la hora en que al tomar un libro que nos obsesionó años antes, sentimos que su perfume se ha escapado y no podemos reconstruir la causa de nuestra maravilla. "El tiempo destruye no solamente los seres, sino las sociedades, los pueblos, los imperios", las ideas, la belleza consignada en un poema, el ademán de una estatua, el mensaje de un apóstol, los personajes de un novelista, las preocupaciones de toda una generación.

"Cada uno cree sus pasiones absolutas, eternas, pero la corriente implacable arrebatada vencedores y vencidos. Las casas, las avenidas, las rutas, exclama Proust, son fugitivas como los años".

He reconstruido este tiempo perdido en la lectura de Proust, al pasar página por página, un libro de Eduardo Castillo, al cual le dieron como título los editores del Ministerio de Educación: **Tinta perdida**. Se trata de un libro de prosas. Reúne con buen gusto algunos de los ensayos literarios que publicó el poeta.

Eduardo Castillo murió hace veintiocho años. Dejó un libro de poemas: **El árbol que canta**. Dotado de una finísima sensibilidad, de un exquisito tacto literario, pasó por el mundo no siendo más que eso, un poeta. Tenía la estampa física de su vocación. La capa, el sombrero de anchas alas, la nariz aguda. Daba la impresión de un pájaro enloquecido. Y con razón tituló su libro **El árbol que canta**. En él se había venido borrando lentamente la figura humana, hasta convertirse en un esquelético símbolo de lo que habían dejado de él, sus sueños y sus pesadillas.

Un alma dulce, enamorada de la belleza, seguía las huellas del Verlaine "cojitranco". Sus sonetos tienen una tan armoniosa arquitectura, que han resistido el paso del tiempo. Los leemos y sentimos con ellos un nostálgico deleite. El perfume no se ha evaporado todavía.

Al abrir su libro de prosas, encontramos un interés. Es como una especie de álbum familiar de recuerdos, que página por página, nos trae imágenes borrosas, mustiadas, desaparecidas. O como una visita a la galería de retratos de un vetusto palacio.

En el libro están todos los nombres que encandilaron a una generación. ¿Qué fue de ellos...? Sabemos por el libro de Castillo, a quiénes admiraban los hombres de letras entre 1910 y 1930, cuáles eran los grandes mitos del mundo literario, qué los preocupaba, quién los subyugaba, a quiénes querían imitar y de quiénes recibían la irradiación. Y la nostalgia es grande, al visitar la oscura galería, poblada de las sombras de un pasado, que no es antiguo sino viejo, de un pasado muy cercano a nuestro presente. No han transcurrido sino cuarenta años.

Allí desfilan, Gabriel D'Annuncio y Madeleine Marx, la condesa de Noailles y la emperatriz Eugenia de Montijo, Paul Bourget y Pierre Loti, Henri Bataille y Mauricio Maeterlinck, Emilio Carrere y Guerra Junqueiro, Santos Chocano y Marcela Auclair, Tórtola Valencia y la espía Mata-Hari. De todo este cementerio de sombras, tan solo quedan, medio siglo después, cuatro nombres, salvados, escapados del tiempo: France, Poe, Renán y Tolstoy. Los otros... ¿qué se hicieron...? ¿Quién los recuerda...? ¿Quién puede decirnos todo lo que ellos significaron como viva actualidad, como mensaje, como brillo, como poder de seducción sobre las generaciones contemporáneas de la primera guerra...? Tan solo los especialistas, podrían decirnos cuál fue su vida, su papel, su trascendencia, su resonancia, su eco... Hasta el propio Bourget ha sufrido este destino.

Pero cuando escribía Castillo, se hallaba bajo el sortilegio. No había un hombre culto que no los hubiera leído. No había un suramericano, de viaje por el París de la anteguerra, que no trajera entre sus maletas, el libro recién aparecido. En el cafetín de media noche eran evocados. Integraban la constelación bajo la cual vivieron los contemporáneos de Castillo.

* * *

Hoy los jóvenes apenas saben quién fue la condesa de Noailles y los versos que ella trenzó melódicamente para expresar las torturas de su delicioso corazón femenino, son ignorados por los aficionados al arte abs-

tracto y al teatro del absurdo. Para Castillo, contemporáneo de la sensitiva condesa, era la más alta voz lírica: "Desde los siglos remotos, en que la lira de Safo, 'los cabellos de violeta', vibró entre los floridos boscajes de Lesbos y Mitilene, la humanidad no había vuelto a escuchar, quizás un acento femenino más patético y punzante que el de esta castálida melodiosa. En sus versos ungidos de mixturas especiosas y ungüentos epitalámicos, se trasluce el panteísmo instintivo de un alma hermanada con las grandes fuerzas cósmicas y elementales del universo... Si se pretendiera definirla espiritualmente, habría tal vez que acudir a la imagen de aquella Dánae del Correggio, que se va metamorfoseando en planta, y cuyos brazos y piernas han adquirido ya una frescura y una ductibilidad arbórea. De ahí el ingenuo paganismo de su obra, en la cual abren una fiebre vital y una exaltación dionisiaca, que intensifica todavía la obsesión de la vejez y de la muerte. Los perfumes, los colores, los sonidos, todo el espectáculo maravilloso del mundo, considerado como un fenómeno estético, deleitaban agudamente sus sentidos y le procuraban espasmos de voluptuosidad casi erótica. Pero sabía que ese mundo, objeto por su parte de un culto religioso, vivía en ella, residía en ella y con ella viviría y se desvanecería como una visión de magia...".

Pobre condesa de Noailles, que vivió para el amor y para la belleza, quizás entienda el por qué, sobre los incendios de su rítmico corazón cayó la ceniza...

* * *

Un rostro joven, desconocido... ¿Quién es...? En el catálogo de esta galería de sombras aparece con estos datos:

"Madeleine Marx, nieta del viejo revolucionario Karl Marx. Era hasta ayer no más desconocida. Y he aquí que hoy ocupa un puesto de primera línea entre los grandes escritores de Francia. Aun ha habido algunos críticos que refiriéndose a ella han pronunciado la palabra genio. Y en realidad, su primera producción novelística, *Femme*, es una confidencia única tal vez en los anales de la literatura universal".

¿Qué fue de ella...? ¿Por qué se marchitó su genio...? ¿Por qué se apagó esa luz, brotada germinalmente del árbol que dio como fruto *El capital*? Curioso hubiera sido el caso de un genio literario, vástago de quien formuló las bases del materialismo histórico. El viejo de las barbas mosaicas, sigue vivo y actuante. La nieta apenas fue una centella.

* * *

Ahora tomamos la bujía para examinar un rostro, que fue familiar a nuestros padres. Ninguna persona que se preocupara de la ciencia y del curso de los astros, dejó de leerlo y admirarlo. Y he aquí, que el viejo Camilo Flanmarión está solo, olvidado, en un rincón de la galería. Paradojalmente esto le ocurre en momentos en que el hombre habla orgullosamente "de la conquista del espacio". Y algunos astronautas han llegado hasta los espacios a donde no ascendía, en tiempos de Flanmarión, sino el ojo y la imaginación de los astrónomos. Leemos en Castillo:

“Flanmarión fue un delicioso narrador de cuentos azules para niños grandes. Lo maravilloso científico, creación de nuestra edad positivista y negadora, tuvo en él a uno de sus más fervorosos escudriñadores. Astrónomo eminente y matemático de fama, su espíritu se movía habitualmente en la esfera de realidades sublimes, que nos revelaron Copérnico y Galileo. Pero a veces el poeta que había en él se sobreponía al sabio, al hombre de raciocinio austero y de severa experimentación. Entonces su fantasía desplegaba el vuelo por los inmensos espacios de lo conjetural y lo posible. ¿Quién no ha leído sus páginas sobre la vida de los marcianos, seres puros y alados que viven en jardines paradisiacos y se nutren de perfumes...? Y estas páginas de alta y depurada fantasía no son únicas en su obra plena de atisbos geniales y de evocaciones que nos revelan en su autor a un magnífico visionario y a un poeta de prodigiosa inventiva...”.

* * *

Y en la galería no podía faltar un bohemio, “el poeta de la existencia trashumante, de los días sin pan y las noches sin abrigo”. Castillo no ha querido dejarnos su retrato, sino el dibujo de su musa, “la musa supersticiosa y alucinada de Carrere. Se complace en evocar diabólicas visiones de espanto y muerte. Vaga a media noche por los santuarios en ruinas, bajo cuyas bóvedas revolotean peludos murciélagos que chupan el aceite de las lámparas. Se arrodilla en los caminos ante las cruces siniestras, erigidas para marcar el sitio de un crimen. Frecuenta los bosques oscuros en donde pasa el ánima vestida de blanco. Interpreta el aullido agorero de los canes que bajo la luna, le ladran a la descarnada. Nadie ha evocado como Carrere la España mística y visionaria de Carlos II el hechizado. Los versos en que la hace revivir son a manera de un lienzo goyesco, sobre el cual se destacan aquelarres brujescos y escenas subáticas, iluminados por la luz roja de las hogueras inquisitoriales...”.

*“Son las brujas siniestras del rey Carlos II,
las que quería ver el marqués de Villena,
cabalgando en las alas de un murciélago inmundo,
bajo la luna llena...”.*

Huyamos de las brujas, para admirar este fuerte rostro, arrogante, retador, convencido de que aloja un alma singular. Tiene un aire americano. Pero hubiera querido ser un europeo. Su autenticidad está desfigurada por una cierta mixtificación.

“Sus modelos en la vida y en el arte —nos dice el guía— eran aquellos orfebres del Renacimiento, que como el divino Benvenuto, alternaban la creación de obras de belleza, con los pasos de galantería y las aventuras en que triunfan el arrojo y la audacia”.

Estos datos nos han movido a la sospecha. Un americano, surgido de las selvas, que quiere ser un hombre del Renacimiento. Ya hay un toque falso en la personalidad.

¿Quién es...? Don José Santos Chocano.

“Lo único que lo preocupaba era ser cesáreamente bello”. Aun en sus vicios. Esta presentación nos suena a cursi.

“Su nombre ha figurado en más de un affaire ruidoso. Se le acusó de haber abandonado a su esposa para casarse en tierras lejanas con otra mujer. Se aseguró luego que había sido enjuiciado en España, a causa de no se qué feo asunto de dinero. En Guatemala logró hacerse el amigo íntimo, el consejero áulico del presidente Estrada Cabrera, de quien obtuvo innúmeros honores y mercedes. Semejante privanza granjeole odios irreconciliables en aquel país. De suerte que no bien hubo caído el dictador, fue reducido a prisión, juzgado por un consejo de guerra y condenado a muerte, de la cual se salvó, gracias a las gestiones diplomáticas de algunos países suramericanos, entre ellos Colombia. Todo esto puede ser vituperable desde el punto de vista de la moral corriente. Pero el poeta pensó siempre, como Zaratustra, que existen dos morales en el mundo: una de pasividad y sumisión humilde para los esclavos, y otra de dominación y libertad ilimitada para los amos. Y él creía pertenecer a los últimos. ¿Acaso a los grandes hombres, a los sumos creadores de belleza, se les puede aplicar el rasero con el cual se mide a las muchedumbres gregarias...?”.

El hombre nos es antipático. Su poesía no. Está llena de color, de sonido y de vida. Pero las montañas no le han sido agradecidas a Chocano. No reiteran su eco. De su generación solamente reconocen un nombre, que devoró a sus contemporáneos, el de Rubén Darío.

* * *

Pero todo no es adusto en la galería. Envuelta en su misterio, se halla “La dama de las pieles blancas”. Mata Hari. Fue bella, seductora, danzarina, espía. Su nombre se recuerda, asociado a los horrores de la guerra del 14. Nació en una pequeña ciudad de Holanda. Su nombre era Margarita Gertrudis Zelle. Se casó, casi en la infancia con un capitán, brutal e impulsivo. Viajó con su marido a Java. Aprendió a bailar danzas exóticas. Después se divorció. Y cuando se instaló en París, “declarose nacida en la India, en las costas malabares. Su flexible cuerpo de bayadera, de una morenez dorada, como la de los dátiles y sus magníficos ojos sombríos y aterciopelados, unos ojos de mirar enigmático, corroboraban sus palabras. Su debut en el Museo Guimet, entre las figuras de los dioses y los ídolos de Oriente, fue una suntuosa fiesta de arte que la dejó consagrada... Un grave profesor la anunció: Una virgen que acaba de salir de un monasterio, como Sakuntala, va a representar ante nosotros el mito de la perla negra. Y Mata Hari danzó. Mimó un mito legendario...”.

Se convirtió en uno de los ídolos de París. A su mesa se sentaban los elegantes a la moda, “los salonnards”, los petimetres, los políticos, los militares. Se hizo espía... en favor de los alemanes. ¿Por qué motivo...? ¿El dinero...? “Creo que Mata-Hari —nos dice el docto guía— buscó en el espionaje una emoción ácida y punzante que fustigase sus nervios.

En realidad todo lo que sabemos de su sicología, hace pensar que la danzarina era uno de aquellos seres, a quienes seduce irresistiblemente el azar y la aventura...".

* * *

Y allá en un trono, decorado por los resplandores del ocaso, se halla el Zeus de esta mitología, la figura soberana, que sedujo y alucinó a toda una generación. Se halla en una fiesta, para celebrar sus sesenta años. Sus discípulos lo llaman "El imaginífico". Es curioso pensar que entre sus discípulos se hallaba el mismo James Joyce.

"Es Gabriel D'Annunzio, el sumo poeta de la raza latina. Ha cumplido sesenta años. Con ese motivo celebró en su principesca residencia, sita a orillas del lago de Garda, una bella fiesta conmemorativa... Puede volver atrás los ojos y evocar su pasado jubilosamente. Su existencia ha sido el más bello de los poemas. Poema de ensueño y poema de acción. Su vida solo puede equipararse con la de los grandes artistas del Renacimiento italiano, que alternaban la creación de obras de belleza, con las más locas aventuras de galanía y de guerra. Desde la adolescencia reveló la intensidad de sus pasiones y su amor a la existencia bella y peligrosa. Su espíritu era ya a manera de un carrete eléctrico, por donde pasaban formidables corrientes de lirismo. Y el numen poético aparecía ya en él, pleno de fuerza y gracia matinal... Soñaba con prodigiosas creaciones de belleza. Pero no por eso descuidaba su vivir de hombre, frecuentaba los salones de esgrima, hacía ejercicios de equitación, llevaba la existencia elegante de un gran señor mundano...".

Y divagamos, mientras estas frases nos llevan hasta los días del ocaso esplendoroso de D'Annunzio. ¿Qué se hizo tu fausto... De esa obra rutilante, de esos soberbios poemas cincelados, de esos trozos líricos que brotaban a raudales de los surtidores del Vittoriale, qué ha quedado después de cincuenta años...? ¿Quién te admira, como te admiró en estas cumbres desvanecido por tu fulgor, el poeta Castillo...? ¿Qué resonancia tienen tus palabras triunfales, en las gentes que ahora transitan frente a las ruinas del coliseo, en una temporada de vacaciones, o divagan indolentes, por las orillas del lago Garda...? ¿Y los intelectuales de la "nueva ola" qué idea tienen de tí...? Si vivieras, ¿podrías creer todavía en la gloria...? ¿Qué ha quedado de tus sueños...? ¿No alcanzas a percibir, desde tu trono, que la posteridad, la que tú podrías considerar tu posteridad, sonríe burlescamente, cuando alguien habla del "Imaginífico..."?

* * *

Ya ha llegado la madrugada. Y nos vemos forzados a abandonar la galería. Cuántas sombras efímeras, cuántos escudos rotos, cuántas musas entristecidas y llorosas, cuántos retratos que ya no dicen lo que dijeron y que no impresionan, desde su mudez y su olvido.

Vino el mundo de Proust, de Joyce y de Kafka, y vino la guerra y brotó, como una flor triste el existencialismo y las comedias de Sartre, y "la

peste" de Camus asoló una ciudad africana. Y llegó un tiempo de desilusión. Y después de la desilusión los pueblos que llamamos absurdamente "viejos", se hicieron de nuevo jóvenes y retoñaron. Y comenzó la era espacial y la aventura, no de los argonautas clásicos, sino de los astronautas adiestrados. Y la belleza pasó a un segundo término, en esta competencia técnica por el "estandar de la vida". Y el cine entró a convertirse en la fábrica de ilusiones, para el consumo de las almas vulgares. Y la bohemia pasó de moda. Ya no es la belleza, la que preocupa a los hombres, sino la eficacia. Algunos —muy pocos— son fieles a esos antiguos recuerdos. El mundo intelectual en el cual vivieron los letrados hace cincuenta años, se ha desvanecido.

¿Una injusticia del tiempo...? No todo ha sido una tarea de la injusticia. El mérito de la mayor parte de esas obras no resistió, porque el mármol resultó ser tan solo una apariencia del yeso. Y a pesar de los nuevos rumbos del hombre, de sus obsesiones y sus intereses, del desplazamiento de todas las formas literarias y del agostamiento del arte, siguen de pie, en otra galería, la clásica galería, unas sombras inspiradoras, esas sí, inamovibles. Inamovibles, por lo menos mientras el hombre crea que tiene un espíritu y que en su arcilla se enciende de vez en cuando la chispa divina. Pero tampoco está garantizada esa centella, en una sociedad que camina vertiginosamente hacia la uniformidad de un inmenso rebaño, bien nutrido, bien lavado, bien vestido y bien divertido con placeres estandarizados y vulgares.